

viviera en la corte de los Borgias. Nos envenenaría á todos, á ti, á mí, á cualquiera que se interpusiera en su camino. He estudiado su mano; tiene la señal de lo que te digo; pero tranquilízate, aun no ha practicado; no hace más que atormentar desde hace seis años á una pobre mujer sin defensa, á la adorable marquesa de Bonnacorsi, su hermana. No sé como explicarte esto. La ha aterrorizado de tal manera, que desde hace seis años esta mujer no ha dado un paso del que él no haya tenido conocimiento; no ha tenido un criado que no haya sido elegido por él; no ha recibido una carta de la que no haya pedido cuentas. Es la suya una de esas tiranías de familia que parecen imposibles antes de haber leído el relato de ellas en las gacetas de los Tribunales, ó de haberlas presenciado como yo. El no quiere que su hermana vuelva á casarse porque vive de la gran fortuna que ella posee. Eso es todo.

—¡Qué infamia!—exclamó Pedro—. ¿Estás seguro de lo que me cuentas?

—Tan seguro como de ver el barco de Marsh—respondió Corancey señalando con el dedo el esbelto yate anclado en el puerto.

Y continuó con una especie de truhanería, á la vez sentimental y jocosa, no exenta de gracia:

—Y lo que tenía que pedirte es que trabajaras conmigo en contra de ese lindo caballero. Vas á comprenderme. Nosotros, los provenzales, tenemos siempre algo de Don Quijote. El sol tiene la culpa de ello. Si la señora de Bonnacorsi hubiera sido feliz y libre, sin duda yo no me hubiera fijado en ella. Cuando he sabido que era desdichada y que la explotaban

inicuamente, me he enamorado de ella como un loco. Otro día te contaré cómo he llegado á decirse-lo y á saber que era correspondido. Si Navajero es de Venecia, yo soy de Barbentane. Está un poco más lejos del mar, es algo menos romántica, menos gloriosa, pero allí se conoce del todo la aguja de marear: tanto, que yo voy á casarme con la señora de Bonnacorsi, y que te pido que me sirvas de testigo.

—¿Tú te vas á casar con la señora de Bonnacorsi?—repitió Pedro, al que el estupor impidió responder á su amigo—. Pero entonces, el hermano...

—¡Bah, no sabe nada!—dijo Corancey—. Aquí es donde aparece el hada bienhechora bajo la forma de la adorable baronesa Ely. Sin ella, Adriana (permite que llame así á mi novia) no se hubiera jamás decidido á pronunciar el esperado «sí». Me amaba, pero tenía miedo. No la juzgo mal. Esas mujeres tan tiernas, tan sensibles, tienen esa timidez loca que es preciso comprender. Pensaba en una cuestión entre su hermano y yo, en palabras demasiado vivas, en un duelo. Entonces yo la he propuesto y hecho aceptar el más romántico, el más inverosímil de los desenlaces: un matrimonio secreto. El catorce del mes próximo, si Dios me da vida, un sacerdote de Venecia, en el que ella tiene absoluta confianza, nos casará en la capilla de un palacio de Génova. En este tiempo yo desapareceré. Estoy en Barbentane, en mis viñas, y el trece, mientras Navajero hará el inglés á bordo del barco de lord Herbert Bohun con el Príncipe de Gales y otras altezas, el barco de Marsh, á bordo del que tú vas á ser invitado, llevará, entre otros pasajeros, á la mujer que más amo en el mundo, y á la que

voy á dar mi vida, y al amigo que más estimo si no se niega á mi petición. ¿Qué responde ese amigo?

—Responde—dijo Pedro—que nunca se asombró lo que hoy se asombra. ¡Tú, Corancey, enamorado, y enamorado hasta el punto de renunciar á tu libertad! ¡Tú, que parecías tan indiferente, tan poco preocupado por las cuestiones amorosas! ¡Y un matrimonio secreto! Pero con tu carácter, este matrimonio no permanecerá secreto más de veinticuatro horas... En fin, te agradezco la prueba de amistad que acabas de darme... y seré tu testigo.

Al pronunciar estas palabras tomó la mano de Corancey con la sencilla seriedad que ponía en todo. El otro había sabido herir las cuerdas sensibles de su alma. Sin duda, aquella sencillez y el candor confiado que Pedro acababa de demostrar mortificaron al meridional. Quería aprovecharse de ellos; pero sentía algo de vergüenza al abusar de aquel sér tan noble, cuyo encanto sentía él mismo, pues mezcló á sus gracias esta confesión:

—No me creo tan exuberante... Es siempre el sol... Pero en el fondo, los del Mediodía no decimos jamás sino lo que queremos decir. Hemos llegado... ¡Chis! —añadió, poniendo un dedo sobre su boca—; miss Marsh lo sabe todo; Marsh no sabe nada...

—Una palabra aun—respondió Hautefeuille—. He prometido servirte de testigo; pero tú me permitirás ir á Génova solo. Conozco poco á estas personas para aceptar una invitación de esa clase.

—Recurro á Florencia Marsh para que disipe tus escrúpulos—respondió Corancey, que no pudo reprimir una sonrisa—. Tú serás uno de los pasajeros

de la *Jenny*. ¿Sabes por qué se llama *Jenny*? No hay como los ingleses para permitirse seriamente ese juego de palabras. No ignoras que *the sea*, el mar, se pronuncian como *si*, la nota de música, y habrás oído hablar de Jenny Lind, la cantante. Pues he ahí por qué Marsh ha bautizado su quinta flotante con ese lindo nombre: *Because she keeps the high seas*, porque ella posee los altos mares, ó los *sis* altos. Cada vez que cuenta la historia, se asombra de su talento. Aparte esto, ¡qué delicioso juguete!

La *Jenny*, en efecto, mostraba las elegantes líneas de su casco blanco y de su aparejo á algunos pasos ahora de los dos compañeros. Parecía verdaderamente la joven y coqueta reina de aquel puertecito, en el que las barcas de pesca, los yates de regatas y los barcos de cabotaje se amontonaban á lo largo del muelle. Algunos marineros, sentados sobre las piedras, remendaban las mallas de una red. En los pisos bajos de las casas se abrían tiendecillas de útiles de mar, depósitos, oficinas de Compañías marítimas. La vida del trabajo, ausente en aquella ciudad de placer, parecía estar reconcentrada en la margen estrecha del puerto, y le daba un aspecto popular que resaltaba más por el contraste con el carácter de uniformidad banal que el abuso del lujo imprime á aquel Mediodía ocioso. Sin duda este contraste, instintivamente sentido, sujetaba al plebeyo Marsh á aquel rincón de la rada. Este hijo de sus obras, que había trabajado también en el muelle de Cleveland junto al lago Erié, más movido que el Mediterráneo, despreciaba en el fondo á aquella sociedad vacía y vana, en la que vivía. Vivía en ella, sin embargo, porque el mundo

de la alta aristocracia cosmopolita era una conquista que faltaba aún. Cuando veía algún gran duque ó príncipe reinante á bordo de su yate, ¿no había de sentir la voluptuosidad del orgullo mirando á los pescadores de la misma edad que él, y no había de decir, mientras fumaba su cigarro con la Alteza Imperial ó Real: «Hace treinta años estos pescadores y yo éramos iguales. Hacía lo que hacen. Y hoy...»

En aquel momento, como ni Hautefeuille ni Corancey figuraban en ninguna de las páginas del *Gotha*, el dueño del yate no había juzgado necesario esperarlos sobre el puente, y cuando ambos jóvenes pusieron el pie en él, no vieron más que á miss Florencia Marsh, sentada ante un caballete, ocupada en pintar una acuarela. Con gran minuciosidad y paciencia copiaba el paisaje que ante ella se desarrollaba: el grupo de islas de abajo, semejante á un extenso y sombrío caparazón, inmóvil sobre el agua azulada; la vagorosa línea del golfo, con la sucesión de casas entre la verdura, y, sobre todo, aquel agua de tan intenso, tan absorbente azul, con las blancas manchas de las velas, y el paisaje, aquel horizonte de otro azul, el del cielo, ligero, transparente, luminoso. Bajo la mano de la joven el horizonte fijábase en formas y en colores, que por su exactitud y sequedad revelaban poco genio, pero una gran voluntad.

—Estas americanas son asombrosas—dijo Corancey á Hautefeuille—. Hace diez y ocho meses ésta no había tocado un pincel. Se ha puesto al trabajo, y se ha hecho artista, como se hará sabia si se casa con Verdier. Ellas se construyen talentos, como sus dentistas ponen dientes de oro en la boca. Nos ha visto.

—Mi tío está ocupado en este momento—dijo la acuarelista después de haber cambiado con los recién llegados vigoroso apretón de manos—. Creo que debía llamar al barco su oficina. ¿No es ésta la palabra? Apenas llegados á un puerto, se instala el teléfono entre el yate y el telégrafo, y el cable comienza á funcionar con Marionville. Vamos á saludarle, y después les enseñaré á ustedes el yate. Es bastante bonito, pero ya es un modelo antiguo. Tiene diez años lo menos. Marsh ha mandado construir otro en Glasgow de cuatro mil toneladas. La *Jenny* no tiene más que mil ochocientas. Pero he aquí á mi tío.

Dirigidos por miss Florencia, los dos jóvenes habían atravesado el puente del barco, con su suelo límpido, sus cobres pulidos, sus muebles de paja oscura *capitoneados* de telas frescas, su alfombra de tapices de Oriente; tan preciosos como si aquel suelo, aquel metal, aquellos sillones, hubiesen pertenecido á algunas de las quintas esparcidas por la costa, y no á aquel yate combatido por las olas del Atlántico y del Pacífico. Y hasta el salón donde les introdujo la joven no hubiera ofrecido otro aspecto si hubiese estado situado en Marionville, en el piso quince de uno de esos colosales edificios que se yerguen en aquellas calles.

Tres secretarios estaban sentados ante tres mesas. Uno de ellos copiaba cartas con la máquina de escribir; otro transmitía un despacho por teléfono. El tercero estenografiaba al dictado del mismo hombrecillo de cabellos grises que Corancey había mostrado la víspera á Hautefeuille, sentado ante la mesa del

treinta y cuarenta. El héroe de Ohío interrumpió su tarea para saludar á los visitantes.

—Me es imposible acompañar á ustedes, señores —les dijo—. Florencia les enseñará el barco. Mientras ustedes pasean—añadió con ese aire tranquilo con el que el verdadero *yankee* manifiesta su desprecio al mundo antiguo—, nosotros os preparamos hermosos viajes. Ustedes los franceses se encuentran tan bien en su casa que no se mueven. ¿Conocen ustedes la región de los lagos? Tomen ustedes; ahí está el mapa. Nosotros tenemos allí, nada más que sobre cuatro lagos, el Superior, el Michigán, el Hurón y el Erié, sesenta mil navíos de treinta y dos millones de toneladas, que transportan tres millares y medio de mercancías por año. Se trata de poner en comunicación directa con Europa esta flota y las ciudades Duluth, Milwaukee, Chicago, Detroit, Cleveland, Buffalo y Marionville. Los lagos van á arrojarse al mar por Saint-Lauret. Esta es la vía que hay que seguir. Desdichadamente, tenemos un salto que dar en el lago Erié, vez y media más alto que el arco de la Estrella de París, el Niágara. Se han hecho siete ú ocho canales con esclusas que permiten subir y bajar á los barcos pequeños; pero queremos el paso libre para los grandes transatlánticos. He ahí al caballero que está en vías de terminar el negocio—y Marsh señaló al secretario instalado ante el teléfono—. Nuestro capital está suscrito desde esta mañana: doscientos millones de dólares. Dentro de dos años yo iré desde este muelle con mi *Jenny* á mi casa, sin necesidad de trasbordo. Quiero que Marionville llegue á ser el Liverpool de los lagos. Ella tiene ya cien mil habitantes. En esos

dos años tendremos en ella ciento cincuenta mil: ésta es la cifra de vuestra Tolosa. En diez años, doscientos cincuenta mil: la cifra de vuestra Burdeos, y en veinte años alcanzaremos los quinientos diecisiete mil de Liverpool. Somos un pueblo joven, y quien es joven debe progresar... ¿Me permiten ustedes, señores?

Y el infatigable trabajador comenzó á dictar de nuevo, antes que su sobrina hubiese hecho salir de la habitación á los hijos degenerados de la vieja Europa.

—Es bastante americano—dijo en voz baja Corancey á Hautefeuille—. Ya lo sabe él. Es comediante hasta consigo mismo: *Heautoncabotinoumenos*, como hubiera dicho nuestro viejo maestro Merlet... Lleva dentro toda su raza.

Y añadió en voz alta:

—Miss Florencia, podemos hablar de nuestros proyectos delante de Pedro sin cuidado alguno. Acepta ser mi testigo.

—¡Ah! ¡Qué dicha!—dijo la joven, que añadió alegremente:—No lo dudaba. Mi tío me ha encargado le invite á usted para nuestro viajecito á Génova. Todo, pues, resultará á maravilla, y usted obtendrá la recompensa de su buena acción. Tendrá usted á bordo á su *firt* la señora de Carlsberg.

Al pronunciar esta frase la alegre joven, miró á Pedro frente á frente. Había hablado sin malicia alguna, con esa sencillez con la que Corancey había contado. La gente del Nuevo Mundo posee esa franqueza, que nosotros tomamos por brutalidad, y que es el resultado de su carácter y de su total aceptación del hecho. Florencia Marsh sabía que la presencia

de la baronesa Ely en el yate sería agradable á Hautefeuille. En su cualidad de joven honrada y de americana, no creía que las relaciones del último con una mujer casada pudieran traspasar los límites de una inocente coquetería ó de un romanticismo permitido. Había, pues, encontrado natural arriesgar aquella alusión á los sentimientos de Pedro, como hubiera encontrado natural una alusión á sus sentimientos por Marcel Verdier. Así es que le causó una penosa impresión advertir la repentina palidez del joven, el temblor de sus labios y comprender que acababa de causarle daño. A ella misma, al notarlo, le subió una oleada de sangre al rostro. Si los americanos, á fuerza de sencillez, carecen de tacto en ocasiones, son muy sensibles, *touchy*, como ellos dicen, y estas faltas de tacto les proporcionan un verdadero suplicio. Este mismo rubor no podía menos de agravar la impresión de dolorosa sorpresa que el nombre de la señora de Carlsberg, así pronunciado, acababa de causar á Hautefeuille. Por una invencible asociación de ideas, recordó las palabras de Corancey: «Seguro estoy que Miss Marsh disipará tus escrúpulos», y la sonrisa que acompañó á estas palabras. Volvió á su memoria la mirada de la señora de Bonnacorsi la víspera, en el tren. Una intuición irrazonada é indiscutible le reveló que el misterio de pasión oculto en lo más hondo de su sér había sido sorprendido por aquellas tres personas. Un frío de pudor, de rebelión y de inquietud corrió por sus venas con tal violencia, que su corazón latió apresuradamente. Corancey le evitó el martirio de hablar en aquellas circunstancias, pues notando el efecto que en su camarada ha-

bía producido la imprudencia de la americana, y haciendo él mismo los honores del barco, dijo:

—¿Qué dices de este salón de fumar, Hautefeuille? Está decorado de madera clara y laca; es de una gran elegancia bastante seria, ¿verdad? ¿Y este comedor? ¿Y estos gabinetes? Aquí se pasarían á gusto meses y años... ¿Ves? Cada uno tiene su tocador y su baño.

Y guiaba á su amigo y hasta á la misma joven. Se acordaba de todo con esa asombrosa memoria de las cosas que poseen las naturalezas como la suya, hechas para la acción y la realidad. Lo comentaba todo con su aplomo habitual, desde las picas y fusiles del entrepuente, destinados á los piratas de los mares del Sur, hasta el sistema para llenar y vaciar las bañeras; y en un momento dirigió á miss Marsh esta pregunta, bien singular, en uno de los pasillos de aquel colosal juguete de lujo, donde parecía estar el resumen de los inventos destinados á refinar la vida:

—Miss Florencia, ¿no podíamos ver el cuarto de la muerta?

—Si le interesa esto al señor Hautefeuille...— respondió Florencia, que desde el comienzo de aquella visita no había cesado de reprocharse su aturdimiento—. Mi tío—continuó—tenía una hija única, que se llamaba Marion, como mi pobre tía. Ya saben ustedes que á causa de su mujer, el señor Marsh, viudo muy joven, ha dado á su ciudad el nombre de Marionville. Mi prima murió aquí hace cuatro años. Mi tío estuvo como loco. Ha querido que el cuarto que su hija ocupaba á bordo del yate no sufriese alteración alguna. Ha colocado en él una estatua represen-

tando á la joven, y en torno de ella siempre hay las flores de que ella gustaba. Miren ustedes..., pero sin entrar.

Acababa de abrir una puerta, y los dos jóvenes vieron efectivamente, á la luz de dos lámparas encerradas en globos azulados, un cuarto tapizado de una tela de rosa ajada. Llenábale una profusión de pequeños objetos, como puede poseerlos el hijo de un magnate: un neceser de oro; alhajas en joyeros; retratos en marcos cincelados, y sobre un verdadero lecho de madera con incrustaciones, tendida la estatua de la muerta, blanquecina, los párpados cerrados, la boca entreabierta, entre un montón de claveles y orquídeas. El silencio de aquel extraño hipogeo, su misterio, el delicado perfume vegetal de que estaba lleno, la inesperada poesía de aquella idolatría póstuma en aquel barco, de un hombre de negocios, era bastante para halagar, en otras circunstancias, el gusto romántico innato en el corazón de Pedro Hante-feuille. Pero durante toda la visita no tenía más que un deseo: verse libre de la presencia de miss Marsh y de Corancey; estar solo y meditar sobre aquellos signos, para él tan dolorosamente inesperados, de una revelación de su más íntimo secreto. Así es que fué para él un alivio abandonar el barco, y un tormento tener que sufrir aún, durante algunos minutos, la presencia de su amigo, que dijo:

—¿Has visto cómo se parece la muerta á la señora de Chesy? Pues bien; cuando encuentres á esta última en alguna parte con Marsh, no dejes de observarle. El canal de los grandes lagos, su camino de hierro, los pedruscos de Marionville, sus minas, su bar-

co..., todo lo olvida. Sólo piensa en su hija muerta. Si la pequeña Chesy le pidiese el Kokinoor, él se lanzaría al mar para ir á buscarle, á causa nada más de este parecido. Es bastante singular este lado sentimental en hombre de su condición, ¿verdad? A ti debe de gustarte este carácter. Si te interesa, podrás estudiarlo á tu gusto el trece, el catorce y el quince. Y ahora te doy las gracias por el favor que vas á hacerme. Si tienes alguna cosa que comunicarme, escríbeme á Génova, á la lista de correos. Y ahora es preciso que yo vaya á vigilar los últimos detalles necesarios para mi viaje. ¿Quieres que te deje en alguna parte? Precisamente veo al Mayor..., un cochero al que había citado aquí á las once.

Mientras decía esto Corancey, señalaba un coche vacío tirado por dos caballos corsos adornados con collerones de cascabeles y guiados por un hombre que, al ver á Mario, guiñó el ojo con sorna, mientras su frase, «buenos días, señor Mario», atestiguaba una confianza, producto, sin duda, de largas y familiares conversaciones entre ambos. Pascal Esperandieu, llamado *el Mayor*, era un hombre hábil y astuto, que cifraba todo su amor propio en hacer trotar á sus caballos más de prisa que los caballos rusos de los grandes duques establecidos en Cannes. El les animaba, les floreaba con una fantasía que arrancaba á todas las compatriotas de miss Marsh los mismos *how lovely! how enchanting! how fascinating!* que hubiesen pronunciado ante un Rafael ó un vestido de Worth, una partida de polo ó un gimnasta á la moda. Sin duda poseía además talentos de diplomático, que podían hacerle útil para alguna intriga secre-

tamente conducida, pues el prudente Corancey no tomaba nunca otro carruaje, sobre todo cuando tenía, como aquella mañana, una cita con la marquesa Adriana. Debía encontrarla por cinco minutos en el jardín de un hotel donde ella tenía que hacer una visita. Su carruaje esperaría ante una de las puertas; el de *el Mayor*, ante otra. Así es que ninguna respuesta podía ser más agradable al novio clandestino que la de Pedro.

—No, prefiero andar.

—Entonces, adiós—dijo Corancey, tomando asiento en el carruaje, y parodiando una frase célebre—, y hasta bien pronto, señor, donde sabéis, con quien sabéis y para lo que sabéis.

El carruaje dobló la esquina de la calle de Antibes, y se alejó con una viveza loca. Hautefeuille estaba al fin solo. Pudo mirar frente á frente la idea que las sencillas palabras de Florencia Marsh habían despertado en él. —Los tres saben que la amo: la Marquesa, Corancey y miss Marsh. La mirada de la una, ayer, la frase y la sonrisa del otro, lo que me ha dicho la tercera, y su rubor por haber pensado en voz alta, me lo indican. ¡No es un sueño! ¡Es que saben que la amo! ¡Pero entonces, ayer, cuando Corancey me llevaba hacia la mesa de juego, adivinaba todo lo que pasaba en mi corazón! ¿Es posible tanto disimulo por su parte? Y, ¿por qué no? Él lo decía hace un momento. Para que haya podido ocultar á Navajero, á los Chesys, á toda esa odiosa sociedad el sentimiento que la señora de Bonnacorsi le inspira, es preciso que sepa callar. El ha podido ocultarle, y yo no he podido ocultar los míos. ¿Quién

sabe si los tres no me han visto comprar la petaca? Mas no. ¡No hubieran tenido la crueldad de hablar de ello, ni de dejar que se hablase en presencia mía! Ni Mario, ni la Marquesa, ni miss Marsh son unos miserables. Lo saben todo, eso sí; pero ¿cómo lo saben?

Sí... ¿cómo? Hacerse esta pregunta tratándose de un enamorado tan susceptible, era el camino para uno de esos exámenes de conciencia en que el escrúpulo desarrolla todas las ilusiones, todas las locuras de su fiebre imaginativa. Durante el paseo que dió para volver á California, en la mesa donde se le sirvió su almuerzo aparte, en fin, en su paseo solitario por el lado del pintoresco pueblo de Mougins, toda su vida de las últimas semanas surgió ante él, día por día, hora por hora, mostrándole todas las inocentes dichas de su sencillo idilio como irreparables faltas, coronadas por esta última: la compra de la petaca en un sitio público y bajo las miradas de todos. Volvía á verse en su primer encuentro con la señora de Carlsberg en la quinta de Chesys. ¡Qué emoción la suya ante la original hermosura de la joven y su encanto de extranjera! ¡Cómo se había dejado arrastrar por ellos sin tener en cuenta que atraía sobre sí la atención y los comentarios! Veíase yendo á su casa, y volviendo á ella, buscando todas las ocasiones de ver á aquella encantadora mujer, de aproximarse á ella, de hablarla. La indiscreción de tal asiduidad no había podido pasar inadvertida, ni tampoco su presencia en sitios que antes no frecuentaba, y ahora sí. Veíase en los prados del *Golf-Club* en las mañanas en que la baronesa Ely le parecía tan bella con la picante sin-

gularidad de su tocado rojo y blanco, los colores del círculo; veíase en el baile, esperando en un ángulo del salón á que ella entrase esparciendo de todos los pliegues de su traje aquel encanto que le embelesaba; veíase en casa del repostero de moda en la Croisette, aproximándose á ella, que sin cesar le suplícaba graciosamente se sentase á su mesa; porque á todos estos recuerdos uníase, en efecto, el de su amabilidad, el de su delicada indulgencia, y esta sensación de encanto aumentaba el escrúpulo. Recordaba la imprudencia de su conducta, tan natural cuando no cree uno despertar las sospechas de nadie y que se convierte en falta gravísima en el caso contrario. Por ejemplo: en los días que la Baronesa había faltado de Cannes no había él vuelto á aquellos sitios, que sólo frecuentó con la esperanza de verla. Nadie le había encontrado ni en el *Golf*, ni en velada alguna, ni en ningún té de las cinco. No había hecho ninguna visita. ¿No habría sido notado que su retraimiento coincidía con la ausencia de la Baronesa? ¿Qué se había podido decir en aquel mundo de placer y de agitación, al que su amor le había lanzado, en aquel mundo cuyas ligeras conversaciones, á propósito de las mujeres, había él oído? ¿Sirvió su conducta para una sencilla burla, ó se había reparado en su actitud para calumniar á la que él amaba con pasión tan turbada, tan excitada ahora por las quimeras del remordimiento? Las frases de Florencia Marsh daban cuerpo á esta hipótesis. ¡Había Pedro despreciado siempre de tal modo lo que aquella frase significaba, la familiaridad de la mujer con el hombre, el compañerismo indiscreto y de mal tono que envolvía! ¿Se

podía pensar que él tenía con la señora de Carlsberg unas relaciones de este género? Su falta de reserva, ¿había sido tan mal interpretada? Pensaba entonces en los disgustos que adivinaba en la vida de aquella criatura, única en el mundo para él; en el espionaje de que se le había hablado, y de nuevo la sala de Monte-Carlo aparecía ante sus ojos, y el paso que dió, que ahora le parecía falto de toda delicadeza; sentía todo esto con una tenacidad aguda, rayana en el dolor. ¡Qué emoción experimentó cuando, al regreso de aquel paseo, prolongado durante muchas horas y entre tales ideas, se encontró ante la puerta de su hotel al crepúsculo, un crepúsculo repentino, negro y frío como sucede en el Mediodía después de días dulces y serenos, como de verano, y el conserje le entregó una carta, en el sobre de la cual reconoció la letra de la baronesa Ely! Sus manos temblaban al romper el sobre, que cerraba un sello representando una cabeza de Medusa. Y realmente, si la cabeza de la leyenda pagana se hubiese presentado viva ante Pedro, no quedara el joven más espantado que por las sencillas palabras de aquel billete: «Querido amigo: Estoy de regreso en Cannes, y le agradecería á usted mucho que mañana, á la una y media, viniera á la quinta Helmholtz. Tengo necesidad de que hablemos de un asunto grave. Por esto le indico á usted esa hora, en la que tengo la seguridad de que estaremos libres.—Suya afectísima amiga—y había firmado, no como en las últimas cartas, sino como en las primeras—, Sallach-Carlsberg.» Hautefeuille leyó y releyó aquellas líneas tan secas, tan frías. Imponíasele la evidencia de que la joven había sabido

su compra de la vispera en Monte-Carlo, y todas las angustias de sus escrúpulos se fundieron en una ansiedad suprema, que le hizo decir en alta voz al llegar á su habitación:

—¡Lo sabe todo ¡Estoy perdido!

IV

CAPRICHOS DE ENAMORADO

La carta que de tal modo acababa de llevar al colmo la inquietud de Pedro representaba el primer acto de un plan imaginado por la señora de Brión para romper en seguida, de un modo irreparable, el porvenir de un sentimiento en el que su perspicacia de amiga entreveía terribles dolores, un drama posible, una catástrofe cierta. Durante las horas que siguieron á la apasionada y repentina confidencia de la señora de Carlsberg había pensado que, si no conseguía separar inmediatamente á aquellos dos seres, precipitados el uno hacia el otro por instintivo arranque, el joven no tardaría en saber la naturaleza de sus sentimientos que inspiraba á la mujer objeto de su pasión. Precisos eran toda su ingenuidad, todo su candor, para que ya no lo hubiera adivinado. Pero ¿qué sucedería el día en que él conociera la verdad? Por sencilla y cándida que fuese, Luisa Brión no podía menos de dar á tal pregunta su verdadera respuesta. Confesado su amor, Ely iría hasta el límite de su pasión.

En su confidencia había revelado, de un modo in-